

INTERNATIONAL
WRITERS
AND
ARTISTS
ASSOCIATION



Nacida en Brasil, doctorada en español en Norte América—University of New Mexico— y profesora desde hace varios años en Ohio, U.S.A. **TERESINKA PEREIRA** sueña, vive y crea en varios idiomas dándole un rico cauce a su sensibilidad como escritora, dedicando mucha de su energía inteligente a la promoción y la difusión del arte en el organismo internacional que patrocina esta separata.

Uno de los resultados afortunados de su convivencia cotidiana con varias lenguas es su poemario **Poesía en el invierno**, libro editado simultáneamente en español, portugués e inglés.

Los relatos que publicamos son diálogos directos con el lector a quien **Teresinka Pereira** se acerca cordialmente con sus narraciones para que el destinatario de los textos los continúe con su imaginación.

Correspondencia con la autora:

Bluffton College
Bluffton, OH. 45817
U.S.A.

Escritores recién publicados:

EUGENIO CÉSAR BARGIELA JULIÁN GUSTEMS
CARLOS ENRIQUE BERBEGLIA MANUEL LAGE TOURIÑO
MARY ROSA CALVIÑO CITRO JOSEFINA LICITRA
MAXIMILIANO AUGUSTO SOLER BISTUÉ

Director de la colección:

CARLOS PENSA

Corrientes 2963 - 2º cpo. - 1º "G"
1193 - Buenos Aires - Argentina
Tel. y Fax: 863-2552 (las 24 hs.)

DISTRIBUCIÓN MUNDIAL

29
y todo es **Cuento**®

teresinka
Pereira

coleccionable

Marzo de 1996

t. P.

EL CUENTO

A Rui Mourão

No, mi amigo, no todas las historias sirven para tema de cuento o de novela. ¡Estás equivocado! ¿Por qué no buscas otra historia? Oye, camina por ahí, en las calles, observa la gente, juega con los chicos, ama a una muchacha, ¿me comprendes? No, ¡tú crees que eso no tiene nada que ver con la profesión de escritor! Pero, a lo mejor sí. Encuentra, en primer lugar, a los personajes, estúdialos, y quién sabe si ellos no te ofrecerán toda una historia completa. No me tomes como reaccionario y no pienses tampoco que no he leído tu cuento con toda atención. Sí, lo he leído más de una vez. ¡Y eso que tengo aquí un montón de manuscritos y cartas de recomendación y pruebas de cuentos ya compuestos para corregir! Te he dado toda la atención posible. Entonces, lo que quiero es que me concedas ahora la atención de seguir mis consejos: vete a buscar otro asunto para el cuento. No, esa cosa de que tu abuela cepillaba la falsa dentadura y que la dejó caer en el retrete cuando el nieto pequeño lo vaciaba no interesa a nadie. Te digo la verdad, está muy floja; hasta para un chiste en una revista de humor es floja. ¿Me comprendes? ¡Eso! ¡No te enojas! ¡Regresa en algunos días con una nueva historia, eh! . . . ¡No, la del filósofo brasileño que como prueba de humildad se comió una cucaracha tampoco sirve! ¿Quién te la va a creer, hombre? Y aunque te la creyesen, ¡no tiene interés!, le falta realismo y verosimilitud. ¿Qué me importa a mí o a cualquiera si un loco se pone a comer cucarachas sin necesidad? Durante la Segunda Guerra Mundial las gentes se peleaban por comer ratones y otros animalitos que podían atrapar en los campos de concentración. . . ¡Sobre eso ya han escrito los mejores novelistas! No te preocupes más de ese asunto tampoco. . . ¡Ya en la vieja Biblia hay esa historia de uno o no sé cuántos discípulos de Cristo que se alimentaban de saltamontes cuando se aislaban en el desierto para hacer penitencia! No, hijo, no hay que forzar la inspiración, espera o busca, ya darás con una historia que valga. ¡Ven! Te acompaño a tomar un café en la esquina de Reforma. Puedo salir un rato para descansar. ¡Cristina! Voy al café. Si alguien pregunta por mí puedes decir que regresaré en quince minutos. Sí, estaré en el Continental. No sé por qué todo escritor aficionado, o sea principiante, piensa que sólo se puede hablar de la gente en la narrativa y que solamente las historias de la anormalidad humana sirven como trama. Los escritores maduros, eso sí, los que ya están consagrados, los que venden miles de libros sin ninguna publicidad, toman cualquier asunto para sus escrituras y lo saben transformar en historia, en trama. Cuando yo pienso que Cortázar, por ejemplo, que ha tomado un pez como asunto de un cuento suyo y ha podido escribir ocho páginas sobre su mirada, me emociono con su vena creadora. ¿No has leído su libro *Final del juego*, donde hay un cuento titulado *Axolotl*? Pues búscalo inmediatamente y léelo tú, amigo, ¡es genial! Lo recuerdo porque veo este acuario aquí, en el Continental, todos los días cuando vengo a tomar café. A ti no se te había ocurrido, por ejemplo, que estos peces hambrientos merezcan alguna atención por parte de un escritor, ¿verdad? ¡Pues ahí los tienes! ¡Escribe sobre los peces! ¿Sobre qué? ¡Pues sobre su deseo de comunicación con el hombre! ¿No se te hace que debías tirarles algunos trozos de pan o cualquier comida cuando se ponen todos juntos a la orilla del cristal, mirándote y haciendo increíbles movimientos con la boca? Si Cortázar ha podido escribir sobre el ojo del Axolotl, ¡escribe tú sobre la boca de los peces dorados de este acuario! ¿Sabes?, el primer día que me senté aquí para tomar mi café los vi tan hambrientos como hoy. Les tiré trocitos de pan mientras tomaba mi café. Varios días hice lo mismo, sentarme aquí, tomar café y tirarles trocitos de pan. Ahora, cada vez que vengo, veo crecer su deseo de comunicación conmigo. Cada día se me hacen más visibles los movimientos de sus bocas y el agrupamiento aquí, en este lado del cristal. Estoy seguro de que me distinguen de los demás clientes del Continental y que me quieren comunicar su hambre y su necesidad de compañía humana. ¡Míralos! ¿Ya me crees? ¡Pues vete a escribir el cuento! Te regalo mi historia. ¡Vuelve cuando la tengas escrita y entonces la publicaremos!

SOLEDAD

A Lucilla e Ieda, mis hermanas

A las diez y media de la mañana el calor y la luz en mi cuarto son insoportables. Es el dieciocho de julio de 1972. Ya me siento demasiado fastidiada por el tiempo perdido y por esa soledad super-acompañada. Ni modo. Hay que esperar y terminar el libro empezado hace meses y hay que sentir el deseo de salir en busca de nuevas aventuras.

Solamente eso me es permitido pensar: que vivir es aventurar sin tregua. ¡Pero aquí, en este cuarto, ni vivo ni me aventuro! ¡Pinche azul que echa colores por todo el cuarto! ¡Pinche sol que viola las cortinas! No hay más remedio que levantarse e ir al baño para lavarse la piel que huele a dormida. El agua me refresca un poco. Hay que subir a la azotea para prender el aire acondicionado. De vuelta me detengo en la escalera para gritar a los fantasmas de la casa: ¡Viva la SOLEDAD!, sí, con letras mayúsculas. Las paredes contestan: ¡Aguanta!

Sin vestirme voy a la cocina a poner el agua para el café y doy comida al perro. El me mira con los ojos centelleantes de comprensión, me lame las manos y yo lo acaricio. ¡Soledad! El perro actúa como si yo lo estuviese llamando por su nombre y viene una y otra vez, se acuesta en el suelo, patas arriba, y me ofrece la barriga para que se la acaricie.

Regreso al cuarto y me pongo una bata; después subo a tomar el café en la terraza, mirando los árboles solitarios de mi jardín y la promiscuidad de los mosquitos. Al fin, bajo y cruzo el jardín hasta llegar a la caja del correo, allá al borde de la calle; voy estudiando minuciosamente mis emociones. El corazón me late apurado y debo admitir que ese es el único momento del día en que me siento viva en realidad: me emociono con la expectativa del correo, que es ahora mi único vínculo con el mundo exterior. Hay revistas, periódicos, un suplemento literario brasileño, varias cartas. Paso las hojas del suplemento literario y no consigo volver a leer el artículo que escribí hace tres semanas. Pero lo encuentro bien armado y me gusta la ilustración que Angelo, el secretario del periódico, tuvo la amabilidad de añadir a la página. Tiro el diario a la basura y guardo las cartas para leerlas con más gusto, tras aprovechar un poco más el goce de la espera y la preparación psicológica para el contacto con ellas. Es como si de ellas dependiesen los últimos momentos de emoción de mi vida. . . a lo mejor pasado mañana ya no me atreveré a caminar hacia el buzón; ¡a lo mejor ya no tendré el valor de abrir las cartas. . . !

En las revistas nada más leo noticias del terror implantado en todas partes del mundo. Elijo las de un lugar llamado Irlanda del Norte, donde una guerra civil promueve horribles ejecuciones de católicos y de protestantes, en la medida de tres cada noche. Invariablemente las víctimas son encontradas al día siguiente, tiradas en los callejones, todavía amarradas, amordazadas y con señales de disparos en la cabeza, hechos por detrás. Es una lucha de cuatro siglos que seguirá cuatro siglos más, mientras los dos lados siguen creyendo que son dueños de un Dios a quien es necesario proteger, matando en su nombre. Y eso pasa inevitablemente porque la verdad en Irlanda consiste en lo que los irlandeses quieren creer y no en lo que enseñan los hechos. Y yo estoy aquí pensando que todavía, mientras nosotros estamos en el siglo veinte, las demás tribus se pelean entre sí. . .

Mejor será leer las cartas. . . Una es de Tomás Rivera, que está en Texas. El me dice que todavía no ha podido leer mis piezas chicanas porque ha estado enfermo. Otra es de Clarice Lispector que, desde Brasil, me dice estar ansiosa por leer mis artículos sobre su obra y que mi libro todavía no ha llegado a Río de Janeiro para su publicación. Han llegado también cartas de Lais Correa de Araújo; de Brasil, de Carminha Ferreira y de Sergio Duarte, de Champaign, que no queda en Francia o Suiza, sino en Illinois, y de Luis Dávila, quien se encuentra en México. Luis dice que la ciudad le parece, como siempre maravillosa y paradójica (él sabe que a mí me encantaría estar allá), que no sabe comprenderla ni tampoco explicarla muy bien. Dice que lee mucho y pasea y que todavía no le ha hablado a nadie. . . ¡Es otra alma solitaria la de mi amigo Luis! ¡En México se le ofrecen cerca de diez millones de gentes a su alrededor y Luis no ha hablado con nadie. . . !

Eso me devuelve a mi dolorida soledad y busco perturbada el número de un teléfono apuntado ayer cuando leía los afiches del pizarrón en el mercado. El anuncio decía: "If you need help, call the hot line 332-3164 and someone will talk to you". Alcanzo el teléfono pero lo cuelgo horrorizada con este pensamiento: posiblemente le hablaría a una cinta magnetofónica y dejaría mi desesperada voz grabada ahí para que algún estudiante graduado en psicología social se aprovechara de mis problemas para sus investigaciones sobre la sociedad. . .

Llamo al perro: ¡Ven Soledad! El perro se acerca y salimos para dar una vuelta por el jardín: ¡Vámonos, soledad! . . . ¡SOLEDAD!